CAPÍTULO II

La noche en alta mar

I

En todo el transcurso de esta historia he tratado de referir las cosas tal como me sucedieron á mí. Al principio de ella, aún siguen aquí sobre mi mesa las hojas amarillentas y feas, dije que deseaba hablar de mí y de la gente que me rodeaba; y he hecho lo posible para cumplir lo prometido. Pero no sé si á pesar de mi empeño lo habré conseguido; el lector lo dirá en todo caso, porque no soy yo el que tiene que juzgar.

Cuando fijo la vista en el montón de manuscritos que tengo delante, veo claramente ciertas cosas, particularmente la inmensa inconsecuencia de mis ensayos. Ahora que lo tengo todo aquí, veo que es una historia de actividad, urgencia y esterilidad. La he intitulado *Tono-Bungay*, pero comprendo que hubiera sido mejor ponerle el nombre *Disipación*. He dicho que Marion no tuvo hijos, ni tampoco los tuvo mi tía, y he hablado también de la vida disipada y fútil que llevaba Beatriz. ¿Qué se puede esperar por lo tanto de los hombres cuyas mujeres son estériles? Ahora pienso en toda la energía

que he querido comunicar á las cosas vanas, pienso en los proyectos que formaba yo con mi tío, en las obras de Crest Hill, que quedaron paralizadas con su quiebra, y en el estruendo y resonancia de su carrera comercial. Diez mil hombres le habían envidiado y deseaban colocarse á su altura. Todo esto presentaba un espectáculo de fuerzas que corren á disiparse, de gentes que ni hacen ni reponen nada, la historia de un país ético, con una fiebre devastadora de comercio, de acumular dinero, de buscar placeres. ¡Y yo mientras tanto construyo destructores!

Otras personas verán á este país desde otro punto de vista y bajo otras condiciones; así es como lo he visto yo precisamente. En los primeros capítulos de esta historia comparé su actual color y abundancia con el follaje de Octubre antes que las heladas y vientos arrancan las hojas de los árboles. Aun sigo creyendo que esta es una buena imagen. Puede ser que no lo viera bien. Acaso viese decadencia en todo lo que me rodeaba, porque en cierto sentido también estoy yo decadente. Para otros quizás sea el colmo de la perfección y de la esperanza. Yo también tengo cierta esperanza, pero es una esperanza muy lejana, que no promete nada para este Imperio ó para alguna de las grandes cosas de nuestro tiempo. No sé cómo ellos lo mirarán en la historia, ni puedo adivinar tampoco lo que ocurrirá con el tiempo.

II

Mientras que escribía el último capítulo de este libro, andaba yo por otro lado muy ocupado con el asunto de un nuevo destructor que hemos completado. Ha sido una extraña alteración complementaria de ocupaciones. Hace unas tres semanas me vi precisado á dejar á un lado esta novela con el fin de poder dedicarme día y noche á la instalación de las máquinas. El martes último quedó

por fin terminado el X2, que así llamaremos á este destructor, y salió al Támesis para hacer pruebas de velocidad, llegando hasta Texel.

Es verdaderamente curioso ver cómo se funden algunas veces las impresiones, corriendo juntas continuamente con cosas que hasta aquí han marchado siempre solas. La expedición por el río guarda misteriosa relación con este libro. Cuando bajaba por el Támesis me parecía que pasaba revista á toda Inglaterra de una manera nueva y paralela. La vi entonces como deseaba que la viera el lector...

— Esto es Inglaterra, — se me ocurrió á mí pensar. — Esto es precisamente lo que deseaba yo apuntar en mi libro.

Salimos por la tarde de los astilleros que están poco más allá del puente Hammersmith, y seguimos la corriente del río, pasando por Craven, Reach, Julham y Hurlinham, así como por las cenagosas riberas y suburbios de Battersea y Chelsea hasta Grosvenor Road y el puente Vauxhall, apareciendo ante nuestra vista Westminster y el Parlamento, que por la bandera comprendimos que estaban celebrando sesión en aquel momento...

Aquellas torres cuadradas é imponentes parecían que nos preguntaban si las respetábamos. «Yo por mi parte no», dije yo para mis adentros. En aquella mole de arquitectura entran y salen los terratenientes y los jueces, los obispos, los amos de los ferrocarriles y los magnates del comercio. Como los había visto muy de cerca, sabía bien lo que eran y á lo que iban allí. Había visto también al rey cuando va á abrir el Parlamento, en coche dorado, con corona y manto, y al duque de Devenshire también muy ataviado y con un manto enorme. ¡Bonito espectáculo!...

Bajando por el Támesis y contemplando los edificios que se ven á derecha é izquierda, parece que está uno hojeando el libro de Inglaterra desde el principio al final. En Craven Reach parece que nos hallamos en el corazón de Inglaterra. Detrás de

nosotros tenemos á Kew y Hampton Court, con sus recuerdos de reyes y cardenales, y después pasamos entre el jardín episcopal de Fulham y los campos de Hurlingham, que con sus jiras y juegos nos representan el instinto deportivo de nuestra raza. Todo el efecto que produce es inglés. Los espacios abiertos, los añosos árboles, todo, en una palabra, recuerda la vida inglesa. Putney, aunque más poblado, también parece anglicano, y después vienen las fábricas y talleres á un lado y las bonitas residencias á otro hasta llegar á Westminster. Es decir, que al recorrer el Támesis en toda su extensión navegable, hace uno cuenta, como digo ya anteriormente, que está pasando revista á toda Inglaterra, porque allí se halla todo reunido.

III

En todo lo que se ve á un lado y á otro del río sobresale la nota del desmoronamiento y de la confusión, del cambio y de la hinchazón, al parecer sin objeto determinado, del hervidero y mezcla de penas y alegrías. Pero en medio de esa confusión suena otra nota, que unas veces es una cosa humana y otras la más inhumana del mundo...

No sé cómo expresar el valor de una cosa que es al mismo tiempo tan esencial y tan inmaterial. Es una cosa que á hombres como yo nos atrae irresistiblemente.

En mi última sección la he representado con el símbolo del destructor, fuerte y veloz, inaplicable para la mayor parte de los intereses humanos. Unas veces llamo yo á esto realidad de la Ciencia, y otras le doy el nombre de Verdad. Porque del corazón de la vida salimos muchas veces haciendo grandes esfuerzos y con muchas fatigas, nos cuesta un trabajo inmenso el vernos libres y desenredados. Ya sé que otros hombres se sirven de ella en el arte, en la literatura, en la invención social, y la ven en mil figuras diferentes, bajo cien nombres

distintos. Yo la veo siempre como austeridad, como belleza. Esta cosa que aclaramos es el corazón de la vida. Los hombres y las naciones, las épocas y las civilizaciones van pasando, pero cada uno de por sí contribuye con algo. No sé lo que es este algo, pero desde luego estoy convencido que es una cosa suprema. Una cualidad, un elemento, que se puede encontrar unas veces en los colores, otras en las formas y otras en los sonidos ó en los pensamientos. Surge de la vida con cada año que se vive y se siente, generación tras generación, siglo tras siglo, pasa lo mismo; pero el cómo y el por qué de ello lo ignoro...

Sin embargo, todo su sentido me acompañó durante la noche que navegaba por el mar en medio del ruido de mis máquinas...

IV

A la mañana siguiente volví á remontar el río acompañado de cuatro periodistas que se les había concedido permiso para que presenciaran las pruebas. Venían mareados y molidos, cuando pasamos frente á la vieja y parduzca Torre...

Recuerdo muy bien las opiniones que emitieron estos periodistas. El X2 no era para el Imperio ni para ninguna otra potencia europea. Lo ofrecimos primeramente á nuestro propio pueblo, pero dijeron que no tenían nada que ver conmigo, y desde entonces no he querido molestarme más para nada de esto. He llegado á verme á mí mismo desde la parte exterior, lo mismo que veo á mi país, sin ninguna clase de ilusiones. Hacemos las cosas y pasamos.

Todos nosotros somos cosas que se hacen y pasan, luchamos por lo desconocido, fuera del ancho mar.

FIN

INDICE

Págs.

LIBRO PRIMERO

Capítulo I.—De la casa Bladesover, de mi madre y de la constitución de la sociedad 5
— II.—De cómo me ví lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover 27
— III.—Mi aprendizaje en Wlimbehurst 43
— IV.—De cómo llegué á ser estudiante en Londres y de mi extravío 57
— V.—Mi caída y la aparición de mi tío con chistera nueva. 69
— VI.—De cómo nos valimos para meter mucho ruido con el Tono-Bungay 84

LIBRO SEGUNDO

El Tono-Bungay llega á su gran apogeo

Capítulo I.—Del hotel Hardingham y de cómo llegamos á ser personas de importancia 119
— II.—Nuestro progreso; de Camden Town á Crest Hill . 139
— III.—El vuelo 159
— IV.—Explica cómo robó de la isla Mordet los montones de quap 183

LIBRO TERCERO

El retoño del Tono-Bungay

Capítulo I.—La caña del cohete 205
— II.—Amor y ruina 221
— III.—La noche en alta mar. 234